

RECENSIONES

**VALLESPÍN, FERNANDO: *EL FUTURO DE LA POLÍTICA*, TAURUS,
MADRID, 2000**

OSCAR ORTIZ HERRERO*

Fernando VALLESPÍN trata en esta obra de lo que considera una crisis del Estado tanto en su capacidad de dirección de los procesos sociales como en su virtualidad de integración simbólica y normativa, así como de las dificultades a las que se enfrenta el sistema democrático. Estos fenómenos son consecuencia de los grandes cambios producidos en todas las esferas sociales, que se han dado sin que a la vez se hayan transformado las instituciones políticas con que nos desenvolvemos por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial. El libro trata de mostrar a un público amplio lo que la politología y otras ciencias sociales dicen sobre la capacidad del Estado para manejarse en este nuevo contexto, huyendo en el momento de pronunciarse personalmente tanto de las posiciones que se abandonan a la inexorabilidad de los condicionamientos sistémicos como de las que confían en el más puro voluntarismo para modelar nuestro entorno. El tono del libro, como se señala en la misma introducción, es frío y distante, descriptivo, encontrándose sólo al final un cierto planteamiento normativo. Se busca exponer cuál es la situación actual del Estado y de lo político, si bien con esa exposición, que es fruto de la preocupación, se pretende empujar al lector a la reflexión acerca del necesario papel que la política ha de desempeñar como regulador de la realidad social. Al mismo tiempo se propone una reflexión acerca de la manera de hacer política que debe adoptarse en las circunstancias actuales.

Se parte de un diagnóstico de la situación presente que tiene como base las mundializaciones (mejor que la mundialización) y el resurgimiento de planteamientos políticos identitarios alternativos al Estado, observando después cómo éste ha ido perdiendo la capacidad de desarrollar funciones que antes se le atribuían sin discusión. Estos y otros fenómenos han supuesto un deterioro de la democracia de los países occidentales como ideal a perseguir.

* Alumno de doctorado de la Universidad Autónoma de Madrid.

El autor finaliza con algunas reflexiones generales de teoría política en las que postula el mantenimiento de una acción colectiva dirigida de forma consciente, al margen de elementos pretendidamente ajenos a la voluntad humana, pero que reconozca las limitaciones a que le somete la evolución del escenario actual, entre lo mundializado y el retorno a lo local e identitario.

1. "HACIA UN DIAGNÓSTICO DE LA SITUACIÓN PRESENTE"

VALLESPÍN aprecia en las ciencias sociales de hoy en día una falta de teorías generales y teoría normativa. La ciencia política parece reducirse a una disciplina técnica, preocupada más por la simple adecuación de los medios a los fines que por un pensamiento racional acerca de la definición de los propios fines, que es lo que debería serle propio; estas reflexiones ponen sobre el tapete la cuestión de si existe en realidad la ciencia política como algo separado del análisis cuantitativo y sociológico, que no sea esencialmente teoría y filosofía política, mostrándose un planteamiento epistemológico centrado en el interés por lo normativo, en la discusión sobre valores. Nos encontramos ante una serie infinita de especialidades académicas, que proporcionan un exceso de luz y una carencia de criterios de relevancia con los que podemos hacernos imágenes de conjunto. En este contexto la palabra mundialización es un comodín con el que parece poder explicarse cualquier acontecimiento de nuestra época; se define como la progresiva extensión de las formas de relación y organización social, que desbordan los espacios tradicionales y se expanden hasta abarcar el mundo entero, todo el globo terráqueo. Este fenómeno pone en cuestión el modelo de sociedad encapsulada en los márgenes del Estado-nación. El concepto no es nuevo; el proceso de mundialización se iniciaría con la era de los grandes descubrimientos, el avance del capitalismo y el aumento de los intercambios comerciales hasta el siglo XX, en el que las políticas keynesianas y la Guerra Fría ralentizaron durante un tiempo el proceso. Si ahora se habla tanto de mundialización es porque se ha dado un salto cualitativo, posibilitado por las nuevas tecnologías de la información. Esta revolución informacional permite nuevas formas de organización compleja y descentralizada que afectan de forma radical a los procesos productivos y a la interconexión financiera mundial. Una economía mundial en la que la acumulación de capital se produce en todo el mundo existe al menos desde el siglo XVI, pero como dice Manuel CASTELLS (autor continuamente presente en las reflexiones contenidas en el libro que nos ocupa) la globalización es algo diferente y nuevo: una economía con la capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real y a escala planetaria en todos sus elementos y procesos.

Así, esta mundialización o globalización es el trasfondo del escenario actual, y es por aquí por donde se puede hacer una primera crítica. ¿Realmente este proceso ha alcanzado una dimensión tal como para poner en cuestión al Estado tal y como lo hemos entendido hasta el presente? Se puede afirmar que esa globalización sólo introduce un cambio radical en la economía financiera, cobrando sus crisis mayor importancia por su frecuencia y capacidad de contagio. Esto no significa que los Estados estén inermes, pues permanece a su alcance la posibilidad de regular los mercados de capitales; que ahora no prosperen las iniciativas encaminadas en esa dirección no supone que, en el futuro, la necesidad no obligue a los Estados a poner voluntad política donde hoy no existe. Y por otro lado, ¿realmente estamos tan condicionados por esta nueva realidad? La mayor parte de la economía aún se desenvuelve en marcos nacionales, y la mayoría de los intercambios comerciales se realizan entre las economías de los Estados más desarrollados, cuyas sociedades no están dispuestas a realizar todos los sacrificios requeridos por la competitividad extrema. Pero el autor es consciente de la inconveniencia de los modelos lineales, reduccionistas. La mundialización no es un proceso homogéneo; hay que tener en cuenta la actividad social de referencia, el impacto que en distintos territorios tiene ese proceso, la dialéctica entre lo global y lo regional ("glocalización")... La mundialización es un hecho, pero como concepto no debe impedirnos ver todo lo que no encaje en el esquema que plantea. No todo lo que ocurre se explica por ella, y muchos acontecimientos de la vida social se escapan a la que nos parece la lógica de su despliegue. Es un proceso ambivalente y complejo, con manifestaciones plurales. Donde más claramente se ha producido es en el ámbito financiero, sobre la base material de las nuevas tecnologías; la cuestión es si esta mundialización contará con la colaboración y supervisión del Estado-Nación, y si se habilitarán los medios necesarios para su gobernabilidad, para evitar sus consecuencias indeseables (problemas medioambientales, peligro de caos financiero...).

Estos cambios en la forma y extensión de las relaciones sociales se acompañan de un replanteamiento de las premisas con que observamos la realidad, llegando algunos autores a proponer la idea de que hemos comenzado una nueva era, superadora de la modernidad. VALLESPÍN deja la cuestión a los historiadores futuros, pero analiza cómo la mundialización y la sociedad de la información han alterado nuestra percepción de la realidad. Hasta ahora la modernidad contempló el futuro como un proyecto para el presente, depositando en él las esperanzas de progreso. Actualmente el futuro se percibe como fuente de amenazas, principalmente de colapso ecológico y financiero. Predomina una visión de beneficio a corto plazo facilitada por la compresión espa-

cio temporal posibilitada por las telecomunicaciones; importa el beneficio ahora y donde sea. Esto produce un tipo de individuo que tiene que adaptarse a las necesidades del momento, a las circunstancias impuestas por el sistema económico. El asalariado de cualquier nivel es una personalidad a la deriva, carente de un hilo de continuidad identificable con una carrera profesional estable. El sistema exige una capacidad de adaptación inmediata a las condiciones del entorno que diluye los elementos con los que el sujeto se individualiza y caracteriza. También se habla de una "modernidad reflexiva" en la que se produce el fenómeno de la "destradicionalización" (GIDDENS). El individuo puede seguir los dictados de la tradición, pero lo hará a partir de una decisión libremente adoptada, sin vinculaciones ineludibles. Lo relevante es la autonomía individual, que adquiere un papel importantísimo en la medida en que es lo que va a ser punto de referencia del sujeto; somos las decisiones que tomamos de identificarnos con algo. Cobran así importancia las cuestiones relacionadas con la vida local y la política identitaria, a las que este individuo puede acudir para forjarse su propia biografía, como reacción a esas tendencias diluyentes de la globalización. Pero ¿es realista pensar en individuos autónomos que en ejercicio de su libertad eligen un modelo de vida y una identidad? Es posible que en realidad nos encontremos con individuos más flexibles que autónomos, que más que decidir y elegir se ven arrastrados por las circunstancias del entorno, sin una cultura comunitaria sólida que les dote de una base firme desde la que resistir los embates del sistema económico. La clave es tener presente un concepto claro de "nosotros" desde el que actuar colectivamente frente al sistema productivo, en contraposición a un modelo de "hombre modular" sin esencia, que trata de adoptar las cualidades que en cada momento se presentan como necesarias en una sociedad economicista, que no entabla asociaciones duraderas con otros sujetos. El peligro con el que se encuentran los individuos que tienen que formar su identidad está en la caída en un etnicismo excluyente, en la entrega a la tribu o la nación. Debemos ser conscientes de la necesidad de elegir entre distintas formas de vida e integrar sociedades altamente diferenciadas a partir de la conciencia de la diversidad y de una militancia eficaz contra los problemas que a todos nos afectan. El resurgir del nacionalismo que presenciamos en nuestra época debe tratarse en cada lugar de acuerdo con sus características específicas, pues no hay soluciones generales, pero en principio sería conveniente posibilitar la coexistencia en la diversidad bajo un proyecto de ciudadanía del que todos los individuos, dentro de la identidad que asuman, puedan sentirse partícipes. A la vez hay que tener presente que también avanza un internacionalismo que plantea una ética global basada en los derechos humanos. Estos planteamientos universalistas tienen una gran capacidad movilizadora y pueden ser referente común de personas de

distintos y distantes lugares, pero a la vez es fruto de un determinado contexto histórico y cultural no compartido por todas las sociedades. Este universalismo deberá ajustarse al reconocimiento de la soberanía a través del diálogo con las culturas no occidentales.

2. "EL ESTADO POSTSOBERANO"

La cuestión que se plantea es si todos estos cambios, mundialización y rehabilitación de las identidades étnicas y locales (lo que supone a la vez competencia por abajo y por arriba), afectan a la capacidad de actuación del Estado de forma que puedan llegar a acabar con su protagonismo, o si simplemente debe producirse un replanteamiento de sus formas de intervención y de sus interacciones con otros Estados. Lo que para VALLESPÍN sí parece claro es que se están viendo gravemente afectados tanto la soberanía (capacidad para establecer un orden jurídico hacia dentro, y reconocimiento exterior de esa jurisdicción), como la autonomía del Estado (capacidad de modular y conformar su propia sociedad mediante decisiones adoptadas por sus órganos políticos). VALLESPÍN presta más atención a la pérdida de autonomía por depender más de datos fácticos que de declaraciones jurídico-formales, como ocurre con una soberanía cuyos presupuestos jurídicos, dice, siguen en gran medida intactos. En este punto pasa por encima de hechos como el caso Pinochet o la guerra de Kosovo, que han afectado ya en el plano jurídico y político la concepción de la soberanía y que podrían llevar a interesantes reflexiones sobre la mundialización de los derechos humanos y la intervención humanitaria, como una faceta importantísima del proceso de globalización. Los estudios sobre la mundialización suelen partir del análisis de una dimensión de la realidad que actuaría como motor del movimiento globalizador; para VALLESPÍN ese motor es económico-tecnológico, la inmediata aplicación de los avances tecnológicos al sistema económico, la nueva economía. Quedan en un plano secundario las reflexiones sobre el discurso universalista de los derechos humanos, así como la renovación de los postulados neokantianos de la "paz democrática", por los que la extensión de los regímenes democráticos y de los mercados alumbraría unas relaciones internacionales libres de conflictos. El autor no omite estas realidades, pero no les dedica toda la interesante reflexión que desde la teoría política puede realizarse al respecto.

El caso es que hay síntomas de incapacidad del Estado para afrontar problemas característicos de ese escenario mundializado como la delincuencia organizada, el terrorismo internacional, la defensa militar... El propio Estado

de bienestar se ve amenazado por una competencia internacional que exige ofrecer al capital las mejores condiciones de inversión. Por otro lado parece que se multiplican los movimientos nacionalistas que plantean su existencia y demandas en términos de conflicto con los Estados ya constituídos. Que haya problemas que se le hagan al Estado ingobernables no debe extrañarnos, pues dentro de ciertos límites siempre los ha habido; el problema es que se pongan en cuestión los propios fines y la actuación del Estado.

A mediados de los setenta se llamó "crisis de gobernabilidad" a la tensión existente entre la lógica económica y el proceso democrático; éste exigiría del Estado la progresiva satisfacción de cada vez más necesidades sociales, llegando a peligrar la buena marcha de la economía capitalista. Más adelante se observó una cada vez mayor neocorporatización de las decisiones de política económico-social, adoptadas a partir de la negociación entre centrales sindicales y asociaciones patronales "apadrinadas" por el Estado y con la mediación del gobierno. Al mismo tiempo algunas políticas sectoriales del Estado de bienestar (educación, sanidad...) se deciden y realizan a través del pacto entre los actores directamente afectados (asociaciones profesionales, usuarios...). Junto a estas formas de decisión "parademocráticas" (por alejadas de las instituciones de representación política articuladas a partir del sufragio) asistimos a una creciente descentralización y fraccionamiento de los órganos del Estado en una compleja organización territorial y funcional, que eventualmente da lugar a problemas de coordinación, solapamientos e interferencias. Todo esto pone de relieve que el Estado no sigue un modelo de actuación jerárquica, en el que se aprecie nítidamente la persecución de objetivos específicos, coherentes y con unos criterios estables acordes con un modelo racional de adecuación de medios a fines. Hay muchos niveles de decisión y de muy distinto tipo, así como presiones e influencias diversas en la adopción de políticas públicas. La dirección política desde el Estado debe convivir con grandes dosis de autoorganización social; esto cambia la forma en que debe ser ejercido el poder, lo que en opinión del autor no debe considerarse mayor debilidad, sino un cambio en el paradigma de la acción del gobierno.

Ante todo, la clave del éxito del Estado está en permanecer como punto de referencia de la unidad política de la sociedad, como símbolo de los intereses generales por encima de la diversidad interna, de los intereses privados, de la disipación de sus fronteras... El Estado debe seguir ofreciendo el entramado institucional y las reglas que defiendan ese interés general, pero atendiendo a las circunstancias en que se encuentra la sociedad. Esto no significa que la actuación estatal se reduzca a una mera labor de arbitraje en el enfrentamiento entre intereses socialmente organizados. La acción política ha de contem-

plarse de otra manera, acentuando la capacidad de negociación del Estado, poniendo en sintonía los intereses de los actores en juego, estableciendo alianzas útiles entre ellos. En última instancia el Estado sigue reservándose la última palabra, pudiendo tomar decisiones autónomamente cuando haya situaciones de bloqueo o de urgencia. A la vez debe hacer de catalizador de coaliciones internas e internacionales entre los agentes implicados en cada problema, reteniendo su identidad distintiva y sus fines sin apoyarse tanto en sus limitados recursos, orientando los de otros sujetos políticamente relevantes hacia donde convenga. En este sentido la cesión de parcelas de soberanía a instancias supranacionales no debe entenderse como una pérdida de poder, sino como ejercicio del mismo, necesario para cumplir los objetivos de defensa del interés colectivo. La colaboración interestatal y con agentes supranacionales no estatales de todo tipo es necesaria para la gobernación de la globalidad.

Todo esto supone un cambio en la forma de concebir la acción política por el que el Estado cede terreno ante los agentes de la sociedad civil, sacrifica su capacidad autónoma de decisión a favor de órganos supranacionales, interviene menos directamente... Frente a la obsesión por el control la política debe volver a plantearse como el tratamiento de la contingencia. Y todo esto, ¿no supone una mayor debilidad del Estado? La contestación del autor es optimista y exhortativa: lo importante es mantener al Estado como instancia de representación del interés colectivo, reformulando la manera en que se ejerce el poder. Pero, ¿cómo se puede defender ese interés si el poder legitimado por los votos pierde fuerza frente a los intereses sociales organizados? Los grupos con los que el Estado ha de lidiar tienen un poder que depende de múltiples factores, como la cultura política de la sociedad, los recursos de los que se dispone, la tradición organizativa de cada sector... Si un gobierno se ve tan presionado que tiene que ceder y pactar las políticas públicas, ¿dónde queda su papel de transformador de la sociedad? Hemos visto que los cambios de los últimos tiempos nos plantean problemas nuevos para los que no tenemos instrumentos adecuados de reacción; pues bien, si el Estado no tiene capacidad para buscar y señalar soluciones de forma independiente sólo queda la convulsión y la crisis como detonante del cambio social. Sólo nos queda esperar a estar al borde del abismo para que los gobernantes puedan apelar a la autoridad dimanada de los votos, venciendo así las resistencias de grupos de interés y neocorporaciones. La descripción que VALLESPÍN hace de las capacidades del Estado contrasta con la confianza que mantiene en el mismo.

3. "LOS DESAFÍOS DE LA DEMOCRACIA"

Las reflexiones expuestas hasta ahora ponen de relieve que nos vemos afectados cada día más por procesos que escapan al control político directo del sistema democrático. Junto a las incertidumbres que suponen estas transformaciones la democracia se encuentra desde hace tiempo ante otros problemas, ocupándose el autor de algunos de ellos.

El "demos", el pueblo que ha de protagonizar la democracia, se ve desbordado y comprimido a la vez por el doble protagonismo adquirido por lo infraestatal y lo supraestatal; la superposición de administraciones territoriales no siempre bien trabadas entre sí, la construcción europea, los movimientos migratorios y las exigencias de algún tipo de homogeneidad entre los ciudadanos plantean interrogantes difíciles de resolver. ¿Qué justifica que nosotros nos autogobernemos, excluyendo a los otros? ¿Cómo ceder poder sin ceder a la vez democracia? Resulta complicado establecer mecanismos que introduzcan la democracia en el ámbito de la cooperación y la integración internacional. Ni siquiera hay un único modelo democrático que tomar como punto de referencia; podemos seguir el modelo de representación parlamentaria, el de democracia sectorial en el que sólo participan los representantes de los intereses directamente afectados, o un desarrollo del asociacionismo y del activismo espontáneo de la naturaleza que sea. VALLESPÍN señala la conveniencia de crear y consolidar una opinión pública supranacional, europea en nuestro caso, apoyada en instituciones y estructuras de comunicación comunes, pero también se apuntan las dificultades añadidas derivadas de la ampliación de la Unión Europea.

Por otro lado se aprecia la existencia de una ciudadanía pasiva, lo que pone en cuestión el buen funcionamiento de los canales de comunicación entre la clase política y el pueblo; los medios de representación se ven distorsionados por la oligarquización y "estatalización" de los partidos y la corporativización de intereses. Las campañas electorales son inmensas campañas de marketing. Ese Estado negociador y catalítico del que hablamos está cada vez vez más tecnocratizado, sustituyéndose lo que podría ser un deseable debate político por el conocimiento experto. Junto con esto, los costes de información que supone para el ciudadano una participación consciente son altamente disuasorios. En este contexto los medios de comunicación, cada vez más concentrados y menos enfocados a la creación de un espacio de debate político, no ayudan al desarrollo de una ciudadanía deliberante y participativa. La política se convierte en lo que los políticos escenifican en los medios, sujetos a la lógica de lo noticiable, lo sensacional... Siguiendo la tónica dominante en los medios,

la política se transforma en un espectáculo caracterizado por el ataque personal y la superficialidad, por la ausencia de reflexión.

La impresión que el ciudadano recibe es que, gobierne quien gobierne, nada va a cambiar; las políticas que han de hacerse se harán de todos modos bajo la vigilancia de los grupos de interés y las corporaciones, al margen de los canales de representación. Esto rompe el código de gobierno y oposición, pues todos los candidatos con posibilidades de victoria tienen el mismo perfil básico. El mayor inconveniente que esto plantea es que ante esta ausencia de alternativas la oposición real y las soluciones a los problemas surjan al margen del sistema democrático y como contestación al mismo, rompiendo los consensos básicos que lo fundamentan.

El tono empleado al analizar los problemas a los que se enfrenta la democracia es fundamentalmente descriptivo; se señala la necesidad de buscar soluciones, pero no se apunta en qué dirección podrían ir. Sin embargo, en la introducción se dice que una de las tesis del libro es que la solución a gran parte de los problemas políticos pasa por una mayor implicación de la ciudadanía, por la revitalización de lo político como el ámbito en que todos actuamos en igualdad de condiciones. Se echa de menos la propuesta de reformas que cambien esa situación. Si estamos ante un Estado que ha de actuar como negociador, como catalizador de alianzas, ¿dónde queda el espacio para la implicación directa de la ciudadanía? En este contexto todo parece dirigirnos hacia una situación en la que los partidos políticos proyecten hacia su interior esa manera de funcionar, dando el protagonismo a la élite de la política, marginando el debate ideológico que pueda dar entrada a los militantes, dejando a un lado los pronunciamientos sobre valores que se echan en falta. Mal panorama para la democracia; vuelve a llamar la atención que se siga confiando en la virtualidad del Estado para mantenerse como referente del interés general.

"El triunfo del pragmatismo sobre la utopía"

Todo lo señalado hasta ahora muestra el contraste existente entre el desarrollo técnico y científico y los escasos logros alcanzados por las ciencias sociales, especialmente por la ciencia política. No hay que atribuir esta situación a una supuesta carencia de pensamiento político; éste existe, pero no puede decirse que tenga carácter científico, pues la política es básicamente el tratamiento de la contingencia, la elección entre valores e intereses en conflicto. Actualmente se impone la idea de que no hay alternativas a las políticas actuales, pero probablemente los imperativos dictados por la mundialización dejarán de considerarse categóricos cuando sus consecuencias se muestren

intolerables, ofreciendo entonces la propia evolución social respuestas parciales y graduales, no dirigidas desde un centro planificador ni sometidas a planteamientos generales. En este punto se aprecia una cierta contradicción: una espontánea evolución natural junto al mantenimiento del Estado como esfera de acción consciente y dirigida al interés general.

Las ideologías actuales, habiéndose transformado las realidades sociales en que se forjaron, sólo dan respuestas parciales y contradictorias a los problemas del presente; se hayan en un proceso de reajuste durante el cual cada individuo debe elegir sus posicionamientos a partir de alternativas en problemas concretos, tomando elementos de varias de ellas. Este panorama muestra el triunfo del pragmatismo, de la "utopía pudorosa" (SAVATER) que se conforma con hacer justicia a los principios que formalmente proclama.

A lo largo del libro se nos muestra un diagnóstico que no parece incitar al optimismo, sobre todo en algunos momentos. El objetivo del autor era principalmente realizar ese diagnóstico, pero también se apuesta por la aplicación de un tratamiento: la re-comprensión de lo político, que no su reformulación. Se sigue confiando en el Estado para encarar los problemas que se nos plantean. En opinión de quien esto escribe el panorama político que muestra el libro, tal y como es descrito, no permite tal optimismo y confianza en la capacidad del Estado para resolver los problemas que nos acucian. La disolución de valores propiciada por el neo(paleo)liberalismo, el retroceso del Estado de Bienestar, la amenaza para el medio ambiente, la inestabilidad del sistema financiero, los movimientos migratorios... Estas y otras realidades pueden empujar a los individuos a posturas defensivas insolidarias, con miras de corto alcance. Como VALLESPÍN pone de relieve al tratar de los problemas de la democracia, el sistema no favorece una reflexión profunda de la ciudadanía a partir de la que se puedan articular las políticas que requiere la situación actual, sino que más bien nos dirige hacia una democracia de tipo plebiscitario, elitista y en la que las decisiones se adoptan al margen de las instituciones representativas.

"El cosmopolitismo del beneficio y la rentabilidad y el neo-tribalismo étnicista"; el autor señala que esos son los dos obstáculos que la política debe superar a través de una acción colectiva, dirigida y consciente, libre de supuestos condicionantes sistémicos ineludibles o de la mera evolución social. Los grandes problemas que se nos plantean exigen soluciones globales o regionales, conciliando el pluralismo de valores e intereses de la sociedad internacional a través de la negociación. La instancia que permite esa acción sigue siendo el Estado, pero debe ser consciente de las transformaciones de su entorno y de los cambios en los modos de actuación política.